*Revista Psicoanálisis Nº 31, Lima 2025*

# LA DANZA DE LAS LUCIÉRNAGAS
## *Imágenes para pensar el deseo y la alteridad*

Viviana de la Jara*

*Ring the bells that still can ring*
*Forget your perfect offering*
*There is a crack in everything*
*That's how the light gets in*

Leonard Cohen, *Anthem*

La cultura actual reniega del otro. Vivimos inmersos en un ombliguismo que no nos permite reconocer la diferencia: o bien se concibe al otro a imagen y semejanza de uno mismo, o bien deviene en un monstruo que amenaza nuestra vida y que, llevado al límite, hay que desaparecer. Ese otro migrante que Trump en su cierre de campaña llamó animal, ese otro que pretende no exista porque como dijo el día de su investidura "solo hay dos géneros: femenino y masculino". Hoy, las diferencias han vuelto con el resurgimiento de nuevos fascismos: al parecer no aprendimos la lección del s. XX o sufrimos de amnesia social. Esa exclusión del otro ya sea en su forma del otro como espejo o como monstruo nos arroja a un solipsismo narcisista que empobrece la vida y nos sumerge en el más profundo desvalimiento.

Salir de ese narcisismo no es fácil. Desde el inicio el descubrimiento del otro descentra al sujeto. Si el comienzo de la vida es un tiempo de indiferenciación donde el que nace se encuentra en una continuidad con el mundo, la humanización ocurre en el momento del corte de esa continuidad. Momento fundante de la constitución del sujeto como nos mostró Freud cuando el bebé descubre que el mundo no comienza ni termina en sí mismo y reconoce que hay un otro del cual depende, un otro que aparece y desaparece. Un otro que no puede controlar y, por lo tanto, sus necesidades corren el riesgo de no ser siempre satisfechas.

---

* Filósofa y psicoanalista. Miembro de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis (SPP). Magister en Filosofía por la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP), donde también se ha desempeñado como profesora de Ética y Epistemología. Premio Sigmund Freud (Fepal, 2018). Actualmente se dedica a la consulta privada.
<vivianadelajara7@gmail.com>

La existencia de la alteridad llega de la mano con el abandono de la ilusión de autosuficiencia y el reconocimiento de la falta. Experiencia tan traumática como necesaria porque nos permite salir del sí mismo. Difícil, pero siempre fecundo. Parafraseando a Winnicott, no hay humano sin alteridad. La renuncia a lo continuo, el corte de la fusión inicial, irá posibilitando la simbolización y a la vez el acceso a la alteridad del otro que continuará a lo largo de la existencia. El reconocimiento del límite conlleva un malestar inevitable, pero es lo que permite justamente las condiciones para la vida, los vínculos y el deseo.

Reconocer al otro en su alteridad implica percibirlo en su diferencia, y esto supone, como remarcó Levinas, la aceptación de que algo en ese encuentro se nos escapa y nos excede. Algo de ese otro que no me termina de encajar ni se adapta a mí porque esa adaptación significaría justamente la disolución de su otredad. En ese mismo sentido es que Derrida nos habla de la hospitalidad, concepto que alude a la experiencia de acogimiento a un otro extranjero/migrante del que poco o nada sé, experiencia ineludiblemente atravesada por la inquietud y la perplejidad. Rolland Barthes nos lo recuerda: "atópico, el otro, hace temblar el lenguaje, no se puede hablar *de* él, *sobre* él; todo atributo es falso, torpe, mortificante: el otro es *inclasificable* (ese sería el verdadero significado de *átopos*)" (p. 52). La radical alteridad del otro implica reconocerlo en ese no saber, en su inclasificabilidad, en su incesante imprevisibilidad. Ese otro extranjero, *átopos* que no solo está afuera sino también vive en nosotros mismos y del que Freud nos hablará a lo largo de toda su obra.

Es verdad que hoy se habla con entusiasmo de lo diferente y lo diverso, pero es verdad también que esto coexiste con una obsesión por clasificaciones absolutamente binarias y cerradas. Todo ha de ser definido, explicado, entendido, y si no se comprende, entonces no vale nada. El otro *átopos* no tiene lugar. Se aspira al todo, a la Verdad, a la cosa fija, a un mundo sin dudas ni ambigüedad. Hay una exacerbación del fanatismo, y no me refiero solo al fanatismo religioso, al del terrorista suicida convencido de que matando se gana el paraíso, o al fanatismo político y al auge de la ultraderecha y los nacionalismos en América Latina y en el mundo; sino a ese fanatismo menos visible, el fanatismo de la vida cotidiana. ¿Qué significado puede tener la alteridad en un mundo dominado por absolutos? ¿Qué lugar tiene lo diferente (el otro inclasificable) en un mundo que no tolera la ambigüedad?

Hoy los potentes reflectores pretenden iluminarlo todo, no hay lugar para matices ni sombras. El exceso de luz borra las diferencias y no deja espacio para vivir. Quien lo notó hace un tiempo fue Pier Paolo Pasolini, que encontró en las luciérnagas, pequeños gusanos de luz frágil e intermitente, imágenes para protestar en tiempos demasiado oscuros o demasiado iluminados. Didi Huberman nos recuerda que Pasolini escribió dos veces sobre las luciérnagas. En una carta

escrita a su amigo Franco Farolfi en 1941, tiempos del fascismo mussoliniano, le recuerda una noche en la que juntos "en medio de la negrura sin luna" se encontraron con una cantidad enorme de luciérnagas, "las envidiábamos porque se amaban, porque se buscaban con amorosos vuelos y luces". En medio del terror del fascismo, Pasolini se describe danzando desnudo entre las zarzas imitando los movimientos alegres de los gusanos relucientes en un acto de afirmación del amor y la amistad. "Desde allí se veían claramente dos reflectores, muy lejos, muy feroces, ojos mecánicos a los que era imposible escapar, y entonces fuimos presa del terror a ser descubiertos, mientras que los perros ladraban y nosotros nos sentíamos culpables, y huimos a la espalda, a la cresta de la colina (…) A los primeros resplandores del día (que son algo indeciblemente bello) nos bebimos las últimas gotas de nuestras botellas de vino. El sol parecía una perla verde. Me desvestí y dance en honor de la luz" (p. 16). Pasolini da cuenta de aquellos momentos de excepción en medio del terror en el que los seres humanos se vuelven ellos mismos luciérnagas, chispazos de deseo, danzantes, erráticos.

Pasolini vuelve a escribir sobre las luciérnagas en 1975, nueve meses antes de ser asesinado, y proclama su desaparición: "A comienzo de los años sesenta, a causa de la polución atmosférica y, sobre todo, a causa de la polución del agua, las luciérnagas comenzaron a desaparecer. Ha sido un fenómeno fulminante y fulgurante. Pasados algunos años, no había ya luciérnagas. Hoy son un recuerdo bastante desgarrador del pasado" (p. 20). La imagen poética-ecológica da cuenta de la violencia de un fenómeno diagnosticado por Pasolini. Su tesis es que es un error creer que con la ejecución de Mussolini y el fin de la guerra, el fascismo había sido vencido. Había renacido un fascismo más devastador "un fascismo radical, total e imprevisiblemente nuevo". Un fascismo que "conduce sin verdugos ni ejecuciones de masas, a la supresión de amplias porciones de la sociedad misma", y que no duda en llamar genocidio cultural. Las luciérnagas no habían desaparecido en lo más profundo de la oscuridad, sino en la cegadora y cruda luz de los "feroces reflectores": "reflectores de los miradores, de las torres de observación, de los shows políticos, de los estadios de fútbol, de los platós de televisión" (p. 22).

La denuncia de Pasolini en su texto sobre las luciérnagas, escrito en pleno auge del capitalismo, apunta a ese poder sobreexpuesto del vacío y la indiferencia vuelto mercancía. Ese poder que bajo la pantalla de una diversidad de propuestas todo lo iguala y lo uniformiza (quizás tendría más sentido hablar de diversificación que de diversidad). Un nuevo fascismo, más fascista que el precedente porque no deja nada fuera de su reino. En la misma línea de Mark Fisher cuando dijo que el capitalismo se parece a La Cosa de John Carpenter: "una entidad infinitamente plástica, capaz de metabolizar y absorber cualquier objeto con el que tome contacto." Un reino despótico sin límites ni control. La lógica del

consumo es esa luz cegadora de los reflectores que pretende iluminarlo todo, sin sombras ni claroscuros. Un mundo que se apodera de los cuerpos, el sexo y el deseo subsumiéndolos al circuito de consumo y casi sin oposición. Michael Foucault nos hablará de la sociedad de control, y más adelante, Chul Han de la sociedad de la transparencia. Un mundo en el que cada individuo se entrega voluntariamente desnudándose y exponiéndose a las luces artificiales de las pantallas, a la mirada panóptica. Luces que borran la diferencia, el infierno de lo igual. El fin de las lucecitas frágiles y erráticas de Pasolini.

Y en medio de todo, Didi Huberman se pregunta si de verdad las luciérnagas desaparecieron, "¿Han desaparecido todas? ¿Emiten aún —pero ¿dónde?— sus maravillosas señales intermitentes? ¿Todavía en alguna parte se buscan entre sí, se hablan, se aman, pese a todo, pese al todo de la máquina, pese a la noche oscura, pese a los reflectores feroces?" (p. 33). Y responde enfáticamente "Desde luego que no. Algunas están cerca de nosotros, nos rozan en la oscuridad; otras se han ido al otro lado del horizonte, tratando de volver a formar en otras partes su comunidad, su minoría, su deseo compartido." (p. 124). Para Didi Huberman, desaparecen solo si el espectador renuncia a seguirlas. Desaparecen de su vista porque se queda en un lugar, que no es ya el adecuado para percibirlas (p. 35). Lo que quedó destruido no fueron las luciérnagas, lo que quedó destruido fue algo central en Pasolini, en el deseo de ver, en el deseo en general: el agotamiento de la esperanza, de la imaginación. La imagen apocalíptica de la desaparición es otra manera de ver las cosas como el todo. Ya no es la luz cegadora de los reflectores, sino la noche negra. Paraíso o infierno, ideas totalizantes que olvidan aquello que las luciérnagas muestran, el espacio intersticial, intermitente de las posibilidades, de los resplandores. Nuestro malestar en la cultura parece va en esa línea… En medio de reflectores y visiones apocalípticas, ¿a qué parte de la realidad pude dirigirse hoy la imagen de las luciérnagas?

En un precioso artículo Gregorio Agamben nos dice que ser contemporáneo es una manera de relacionarse con el presente: "Ser contemporáneo es aquel que mantiene la mirada fija en su tiempo, para percibir no sus luces sino su oscuridad" (p. 21). Y así encontrar en "esa oscuridad del presente esa luz que trata de alcanzarnos y no puede". Tarea que exige, ante todo, coraje: "porque significa ser capaces, no solo de mantener la mirada fija en la oscuridad de la época, sino también de percibir en esa oscuridad una luz, que dirigida hacia nosotros, se nos aleja infinitamente" (p. 23). Ser contemporáneo: bajar la luz del espectáculo de la época para ver aparecer las luces frágiles y pasajeras de las luciérnagas.

El psicoanálisis apareció como luciérnaga. Hace más de 100 años, Freud no se dejó cegar por las luces de su tiempo e impulsado por sus propias indagaciones pudo percibir en sus sombras algo que hasta ese momento permanecía oculto. Freud cuestionó lo que hasta ese momento parecía intocable y arremetió contra

las instituciones de la época: la familia, la moral sexual, el poder, la idea de un sujeto centrado en la conciencia para hablarnos de un sujeto en el que el yo no es amo en su propia casa… Y así, al bajar la luz, se topó con el mundo de lo inconsciente que como la luciérnaga, emerge y se oculta….

Hoy la luz de nuestro presente también viene con violencia, enceguece e impide ver a plena luz del día. Hay ideas que nacieron como luciérnaga y que en el camino se convirtieron en reflector. Saberes/prácticas que interrogaron clasificaciones estrechas y asfixiantes pero que terminaron por instalar nuevas categorizaciones cerradas pretendiendo un mundo libre de matices y claroscuros. Hay una ansiedad cartesiana que busca muy de prisa iluminarlo todo con conceptos y categorías fijas. Todo lo que se pueda decir de uno mismo o del otro entra rápidamente a una casilla. Y aunque ciertamente hay muchas más casillas que antes, hay mucho menos espacio para la singularidad y la ambigüedad. El otro en su diferencia y su misterio, en aquello inaprensible que se nos escapa y excede, se extingue. Es como colocar las luciérnagas bajo un reflector creyendo que así las vamos a observar mejor, o matarlas para estudiarlas y clasificarlas. Para conocer a las luciérnagas "hay que verlas danzar vivas en el corazón de la noche, aunque se trate de esa noche barrida por algunos feroces reflectores. Y aunque sea por poco tiempo. Y aunque haya poca cosa que ver…" (p. 39). Las luciérnagas no se iluminan para *ver mejor*. Su bioluminiscencia es ante todo un mecanismo de seducción. Cada tipo de luciérnaga cuenta con un patrón de destello de luz diferente que actúa como señal ante posibles parejas sexuales. Sus resplandores representan una comunidad de deseo, de destellos intermitentes, una comunidad de danzas. En medio de reflectores *volvernos luciérnagas en la oscuridad de nuestro tiempo,* comunidad clandestina de luces pulsantes y fugaces que hacen aparecer el deseo como lo indestructible.

**Referencias**

Agamben, G. (2014). ¿Qué es lo contemporáneo? En *Desnudez* (pp. 11-22). Adriana Hidalgo Editora.

Barthes, R. (2018). *Fragmentos de un discurso amoroso*. Siglo Veintiuno Editores.

Derrida, J. (2006). *La hospitalidad*. De la Flor Editorial.

Didi-Huberman, G. (2022). *Supervivencia de las luciérnagas*. Abada Editores.

Levinas, E. (1997). *Totalidad e infinito*. Ediciones Sígueme.

Freud, S. (1930). *El malestar en la cultura* (Vol. XXI de *Obras completas*). Amorrortu.

Freud, S. (1914). *Introducción al narcisismo* (Vol. XIV de *Obras completas*). Amorrortu.

Freud, S. (1921). *Psicología de las masas y análisis del yo* (Vol. XVIII de *Obras completas*). Amorrortu.

Pasolini, P. (1975). El artículo de las luciérnagas. Recuperado de http://www.elcorreo.eu.org/Pier-Paolo-Pasolini-El-vacio-del-poder-o-El-articulo-de-las-luciernagas

**Resumen**

Hoy se habla con entusiasmo de lo diverso y lo fluido, pero a la vez hay una compulsión por las clasificaciones y definiciones rígidas. Se busca iluminarlo todo con conceptos y categorías fijas bajo la idea de un sujeto unificado y coherente. Todo ha de ser explicado, entendido y si no se comprende, entonces no vale nada. ¿Qué significado puede tener la alteridad en un mundo dominado por absolutos? ¿Qué lugar tiene lo diferente en un mundo que no tolera la ambigüedad?

En este texto busco retomar la imagen de las luciérnagas descrita por Pier Paolo Pasolini y más adelante por Didi Huberman, quienes encontraron en esta comunidad de pequeños gusanos de luz frágil e intermitente un recurso para pensar la potencia de la vida y el deseo en tiempos demasiado iluminados.

**Palabras clave**: alteridad, narcisismo, deseo, comunidad

**Abstract**

Today, there is enthusiastic discourse about diversity and fluidity, yet at the same time, there is a compulsion for rigid classifications and definitions. There is a tendency to illuminate everything with fixed concepts and categories, operating under the notion of a unified and coherent subject. Everything must be explained, understood, and if it cannot be comprehended, it is deemed worthless. What meaning can alterity hold in a world dominated by absolutes? What place does difference occupy in a world that does not tolerate ambiguity?

In this text, I seek to revisit the image of fireflies as described by Pier Paolo Pasolini and later by Didi-Huberman. These thinkers found in this community of small, fragile, and intermittent creatures of light a means to reflect on the power of life and desire in times that are excessively illuminated.

**Key words**: alterity, narcissism, desire, community